

Mariana Pineda

de Federico García Lorca

para 5 actores

adaptación de
MARC EGEA

Ejemplar para uso de compañías y productoras teatrales
Permitidas copias solamente para uso interno de compañías y productoras

Teatro



LA ADAPTACIÓN

Ésta es una adaptación de la obra de teatro “Mariana Pineda” con un elenco y duración reducidos (5 actores y 55 minutos), fiel al texto original de García Lorca. En esta adaptación, ninguno de los actores interpreta más de un personaje.

PERSONAJES

MARIANA PINEDA

Mujer en la treintena.

DOÑA ANGUSTIAS

Madre de Mariana Pineda.

FERNANDO

Tiene 18 años. Viste elegantemente a la moda de la época..

PEDROSA

Tipo seco, de palidez intensa y antipática serenidad.

DON PEDRO

Tiene 36 años. Es un hombre simpático, sereno y fuerte.

LUGAR

La obra se sitúa en Granada, en la casa de Mariana Pineda y en un convento.

TIEMPO

Principios de la década de los 30 del siglo XIX.

VESTUARIO

De la época.

Mariana Pineda

de Federico García Lorca

para 5 actores

adaptación de

MARC EGEA

ESTAMPA PRIMERA

Casa de Mariana. Paredes blancas. Al fondo, balconcillos pintados de oscuro. Sobre una mesa, un frutero de cristal lleno de membrillos. Todo el techo estará lleno de esta misma fruta, colgada. Encima de la cómoda, grandes ramos de rosas de seda. Tarde de otoño. Al levantarse el telón aparece DOÑA ANGUSTIAS, madre adoptiva de Mariana, sentada, leyendo. Viste de oscuro. Tiene un aire frío, pero es maternal al mismo tiempo.

La puerta se abre y aparece MARIANA, vestida de malva claro, con un peinado de bucles, peineta y una gran rosa roja detrás de la oreja. No tiene más que una sortija de diamantes en su mano siniestra. Aparece preocupada, y da muestras, conforme avanza el diálogo, de vivísima inquietud.

Escena I

MARIANA

¿Han traído una carta?

ANGUSTIAS

Eran las dos bellas del Campillo.

MARIANA

¿Y por qué no me llamaste?

ANGUSTIAS

Ya sabes cómo son ellas. Andaban con prisa esta tarde. Pero no temas, Dijeron que volverán otro día. Lucía te ha comprado un libro y Amparo, te contará la historia de su estancia en Ronda.

MARIANA

Ay, madre,
cómo necesito de su fresca risa,
cómo necesito de su gracia joven.

ANGUSTIAS

Y dime: ¿ellas te harán más contenta?;
porque este cuello, ¡oh, qué cuello!
(le acaricia el cuello)
no se hizo para la pena.

MARIANA

(retirando suavemente la mano de ANGUSTIAS)
No tengo pena.

ANGUSTIAS

¿Por qué bordas esa bandera, Mariana?

MARIANA

Ya lo sabes.
Me obligan mis amigos liberales.

ANGUSTIAS

¿Qué te importan las cosas de la calle?
Debes dejar esas intrigas, Mariana.

Si quieras bordar, borda vestidos
para tu niña cuando sea grande.
que si el rey no es buen rey, que no lo sea;
las mujeres no deben preocuparse.

MARIANA

Ni tú tampoco, madre.

ANGUSTIAS

Porque te expones a mucho
y no dejo de recordarlo...

(se recompone)

Luego vendrá Fernando.

MARIANA

¿Fernando?

ANGUSTIAS

Vendrá a buscar a sus hermanas...

MARIANA

Después de que ellas se han ido.
Mucha paciencia tiene el pobre.

ANGUSTIAS

Clavelia ya trajo a los niños.

MARIANA

¿Ha vuelto del colegio?

ANGUSTIAS

Está en el patio, con tus niños.
Anda, vamos. Que no se mojen en la fuente.

ANGUSTIAS toma a MARIANA del brazo.

MARIANA

¿Sabes si alguien trajo una carta?

Salen.

Escena II

MARIANA atraviesa rápidamente la escena y mira la hora en uno de esos grandes relojes dorados, donde sueña toda la poesía exquisita de la hora y el siglo. Se asoma a los cristales y ve la última luz de la tarde. Está inquieta.

MARIANA

Si toda la tarde fuera
como un gran pájaro, ¡cuántas
duras flechas lanzaría
para cerrarle las alas!
Hora redonda y oscura
que me pesa en las pestañas.
Dolor de viejo lucero
detenido en mi garganta.
Ya debieran las estrellas
asomarse a mi ventana
y abrirse lentos los pasos
por la calle solitaria.
¡Con qué trabajo tan grande
deja la luz a Granada!
Se enreda entre los cipreses
o se esconde bajo el agua.
¡Y esta noche no llega!
(con angustia)
¡Noche temida y soñada;
que me hieres ya de lejos
con larguísimas espadas!

FERNANDO

(en la puerta)

Buenas noches.

MARIANA

(asustada)

¿Qué?

(reponiéndose)

¡Fernando!

FERNANDO

¿Te asusto?

MARIANA

No te esperaba ya
(reponiéndose)
y tu voz me sorprendió.

FERNANDO

¿Se han ido ya mis hermanas?

MARIANA

Estuvieron esta tarde. Se olvidaron
de que vendrías a buscarlas.

FERNANDO

Van a volverme loco.

FERNANDO viste elegantemente la moda de la época. Mira y habla apasionadamente. Tiene dieciocho años. A veces le temblará la voz y se turbará a menudo.

FERNANDO

¿Interrumpo?

MARIANA

No, siéntate.

Se sientan.

FERNANDO

(lírico)

¡Cómo me gusta tu casa!
Con este olor a membrillos.
(aspira)
Y qué preciosa fachada
tienes..., llena de pinturas
de barcos y de guirnaldas.

MARIANA

(interrumpiéndole)

¿Hay mucha gente en la calle?

Inquieta.

FERNANDO

(sonríe)

¿Por qué preguntas?

MARIANA

(turbada)

Por nada.

FERNANDO

Pues hay mucha gente.

MARIANA

(impaciente)

¿Dices?

FERNANDO

Al pasar por Bibarrambla
he visto dos o tres grupos
se gente envuelta en sus capas,
que aguantando el airecillo
a pie firme comentaban
el suceso.

MARIANA

(ansiosamente)

¿Qué suceso?

FERNANDO

¿Sospechas de qué se trata?

MARIANA

¿Cosas de masonería?

FERNANDO

Un capitán que se llama...

(MARIANA está como en vilo)

no recuerdo..., liberal,
prisionero de importancia,
se ha fugado de la cárcel
de la Audiencia.

(viendo a MARIANA)
¿Qué te pasa?

MARIANA
Ruego a Dios por él. ¿Se sabe
si le buscan?

FERNANDO
Ya marchaban,
antes de venir yo aquí,
un grupo de tropas hacia
el Genil y sus puentes
para ver si lo encontraban,
y es fácil que lo detengan
camino de la Alpujarra.
¡Qué triste es esto!

MARIANA
(llena de angustia)
¡Dios mío!

FERNANDO
Y las gentes cómo aguantaban.
Señores, ya es demasiado.
El preso, como un fantasma,
se escapó; pero Pedrosa
ya buscará su garganta.
Pedrosa conoce el sitio
donde la vena es más ancha,
por donde brota la sangre
más caliente y encarnada.
¡Qué chacal! ¿Tú le conoces?

La luz se va retirando de la escena.

MARIANA
Desde que llegó a Granada.

FERNANDO
(Sonriendo)
¡Bravo amigo, Marianita!

MARIANA

Le conocí por desgracia.
Él está amable conmigo
y hasta viene por mi casa,
sin que yo pueda evitarlo.
¿Quién le impediría la entrada?

FERNANDO

Ojo, que es un viejo verde.

MARIANA

Es un hombre que espanta.

FERNANDO

¡Qué gran alcalde del crimen!

MARIANA

¡No puedo mirar su cara!

FERNANDO

(serio)
¿Te da mucho miedo?

MARIANA

¡Mucho!
Ayer tarde yo bajaba
por el Zacatín. Volvía
de la iglesia de Santa Ana,
tranquila; pero de pronto
vi a Pedrosa. Se acercaba,
seguido de dos golillas,
entre un grupo de gitanas.
¡Con un aire y un silencio!...
¡Él notó que yo temblaba!

La escena está en una dulce penumbra.

FERNANDO

¡Bien supo el rey lo que se hizo
al mandarlo aquí a Granada!

MARIANA

(levantándose, inquieta)

Ya es de noche...

FERNANDO

Ahora los ríos sobre España,
en vez de ríos son
largas cadenas de agua.

MARIANA

Pero hay que mantener
la cabeza levantada.

FERNANDO cepilla el sombrero con su manga, tiene el semblante inquieto.

FERNANDO

Con tu permiso...

MARIANA

¿Ya te vas?

FERNANDO

Me marcho;
voy al café de la Estrella.

MARIANA

(tierna y suplicante)

Perdona estas inquietudes...

FERNANDO

(digno)

¿Necesitas algo?

MARIANA

(conteniéndose)

Gracias... Son asuntos familiares hondos,
y tengo yo misma que solucionarlos.

FERNANDO

Yo quisiera verte contenta. Diré
a mis hermanillas que vengan un rato,

Y ojalá pudiera prestarte mi ayuda.
Adiós, que descanses.

Le estrecha la mano.

MARIANA

Adiós.

FERNANDO

Buenas noches.

Se va.

MARIANA

(al salir FERNANDO da rienda suelta a su creciente angustia)
¡Pedro de mi vida! ¿Pero quién irá?
Ya cercan mi casa los días amargos.
Y este corazón, ¿adónde me lleva,
que hasta de mis hijos me estoy olvidando?
¡Tiene que ser pronto y no tengo a nadie!
¡Yo misma me asombro de quererlo tanto!
¿Y si le dijese... y él lo comprendiera?
¡Señor, por la llaga de vuestro costado!
(sollozando)
Por las clavellinas de su dulce sangre,
enturbia la noche para los soldados.

El reloj da las ocho alarmantemente.

MARIANA

Las ocho.

(en un arranque)
¡Es preciso! ¡Tengo que atreverme a todo!
(Sale corriendo hacia la puerta)
¡Fernando! ¡Fernando!

Regresa al centro del salón.

MARIANA

Tengo, sin embargo,
que estar muy serena, muy serena; aunque
me siento vestida de temblor y llanto.

Aparece en la puerta FERNANDO, con el alto sombrero de cintas entre sus manos enguantadas.

FERNANDO

(entrando, apasionado)

¿Qué quieres?

MARIANA

(firme)

Hablar contigo.

FERNANDO

Dime pronto.

MARIANA

¿Eres mi amigo?

FERNANDO

¿Por qué preguntas, Mariana?

MARIANA se sienta en una silla, de perfil al público, y FERNANDO junto a ella, un poco de frente, componiendo una clásica estampa de la época.

FERNANDO

¡Ya sabes que siempre fui!

MARIANA

¿De corazón?

FERNANDO

¡Soy sincero!

MARIANA

¡Ojalá que fuese así!

FERNANDO

Hablas con un caballero.

(poniéndose la mano sobre la blanca pechera)

MARIANA

(segura)

¡Lo sé!

FERNANDO

¿Qué quieres de mí?

MARIANA

Quizá quiera demasiado
y por eso no me atrevo.

FERNANDO

No quieras ver disgustado
este corazón tan nuevo.
Te sirvo con alegría.

MARIANA

(temblorosa)

Fernando, ¿y si fuera...?

FERNANDO

(ansiosamente)

¿Qué?

MARIANA

Algo peligroso.

FERNANDO

(decidido)

Iría.

Con toda mi buena fe.

MARIANA

¡No puedo pedirte nada!
Pero esto no puede ser.
Como dicen por Granada,
¡soy una loca mujer!

FERNANDO

(tierno)

Marianita.

MARIANA

¡Yo no puedo!

FERNANDO

¿Por qué me llamaste? ¿Di?

MARIANA

(en un arranque trágico)

Porque tengo mucho miedo,
de morirme sola aquí.

FERNANDO

¿De morirte?

MARIANA

(tierna y desesperada)

Necesito,
para seguir respirando,
que tú me ayudes, mocito.

FERNANDO

(lleno de pasión)

Mis ojos te están mirando,
y no lo debes dudar.

MARIANA

Pero mi vida está fuera,
por el aire, por la mar,
por donde yo no quisiera.

FERNANDO

¡Dichosa la sangre mía
si puede calmar tu pena!

MARIANA

No; tu sangre aumentaría
el grosor de mi cadena.

Se lleva decidida las manos al pecho para sacar una carta. FERNANDO tiene una actitud expectante y conmovida.

MARIANA

¡Confío en tu corazón!

Saca una carta. Duda.

MARIANA

¡Qué silencio el de Granada!
Fija, detrás del balcón,
hay puesta en mí una mirada.

FERNANDO

(extrañado)
¿Qué estás hablando?

MARIANA

Me mira
(levantándose)
la garganta, que es hermosa,
y toda mi piel se estira.
¿Podrás conmigo, Pedrosa?
(en un arranque)
Toma esta carta, Fernando.
Lee despacio y entendiendo.
¡Sálvame! Que estoy dudando
Si podré seguir viviendo.

FERNANDO coge la carta y la desdobra. MARIANA pasea la escena mientras mira angustiada al joven. Éste lee el comienzo de la carta y tiene un exquisito, pero contenido, gesto de dolor y desaliento. Se siente la angustia de MARIANITA.

FERNANDO

(leyendo la carta, con sorpresa, y mirando asombrado y triste a MARIANA)
“Adorada Marianita”.

MARIANA

No interrumpas la lectura.
Un corazón necesita
lo que pide en la escritura.

FERNANDO

(leyendo, desalentado, aunque sin afectación)

“Adorada Marianita: Gracias al traje de capuchino, que tan diestramente hiciste llegar a mi poder, me he fugado de la torre de Santa Catalina, confundido con otros frailes, que salían de asistir un reo de muerte. Esta noche, disfrazado de contrabandista, tengo absoluta necesidad de salir para Válor y Cadiar, donde espero tener noticias de los amigos. Necesito antes de las nueve el pasaporte que tienes en tu poder y una persona de tu absoluta confianza que espere con un caballo, más arriba de la presa del Genil, para, río adelante, internarme en la sierra. Pedrosa estrechará el cerco como él sabe, y si esta misma noche no parto, estoy irremisiblemente perdido. Me encuentro en la casa del viejo don Luis. No hagas por verme, pues me consta que estás vigilada. Adiós, Marianita. Todo sea por nuestra divina madre la libertad. Dios me salvará. Adiós, Mariana. Un abrazo y el alma de tu amante.- Pedro de Sotomayor”.

(enamoradísimo)

¡Mariana!

MARIANA

(rápida, llevándose una mano a los ojos)

¡Me lo imagino!

Pero silencio, Fernando.

FERNANDO

(dramático)

¡Cómo has cortado el camino
de lo que estaba soñando!

(MARIANA protesta mímicamente)

No es tuya la culpa, no;
ahora tengo que ayudar
a un hombre que empiezo a odiar,
y el que te quiere soy yo.
El que de niño te amara
lleno de amarga pasión.
mucho antes de que robara
Don Pedro tu corazón.
¡Pero quién te deja en esta
triste angustia del momento!
Y torcer mi sentimiento
¡ay qué trabajo cuesta!

MARIANA

(orgullosa)

¡Pues iré sola!

(humilde)

¡Dios mío,

tiene que ser al instante!

FERNANDO

Yo iré en busca de tu amante
por la ribera del río.

MARIANA

*(orgullosa y corrigiendo la timidez y tristeza de FERNANDO al decir
"amante")*

Decirte cómo le quiero

no me produce rubor.

Me escuece dentro su amor
y relumbra todo entero.

Él ama la libertad

y yo la quiero más qué él.

Lo que dice es mi verdad
agria, que me sabe a miel.

Y no me importa que el día
con la noche se enturbiara,
que con la luz que emanara
su espíritu viviría.

Por este amor verdadero

que muerde mi alma sencilla
me estoy poniendo amarilla
como la flor del romero.

FERNANDO

(fuerte)

Mariana, dejo que vuelen
tus quejas. Mas ¿no has oído
que el corazón tengo herido
y las heridas me duelen?

MARIANA

(popular)

Pues si mi pecho tuviera
vidrieritas de cristal,

te asomaras y lo vieras
gotas de sangre llorar.

FERNANDO

¡Basta! ¡Dame el documento!

MARIANA va a una cómoda rápidamente.

FERNANDO

¿Y el caballo?

MARIANA

(sacando los papeles)
En el jardín.
Si vas a marchar, al fin,
no hay que perder un momento.

FERNANDO

(rápido y nervioso)
Ahora mismo.
(MARIANA le da los papeles)
¿Y aquí va?...

MARIANA

(desazonada)
Todo.

FERNANDO

(guardándose el documento en la levita)
¡Bien!

MARIANA

¡Perdón, amigo!
Que el Señor vaya contigo.
Yo espero que así sea.

FERNANDO

(natural, digno y suave, poniéndose lentamente la capa)
Yo espero que así será.
Está la noche cerrada.
No hay luna, y aunque la hubiera,

los chopos de la ribera
dan una sombra apretada.

Adiós.

(le besa la mano)
Y seca ese llanto,
pero quédate sabiendo
que nadie te querrá tanto
como yo te estoy queriendo.
Que voy con esta misión
para no verte sufrir,
torciendo el hondo sentir
de mi propio corazón.

Inicia el mutis.

MARIANA

Evita guarda o soldado...

FERNANDO

(mirándola con ternura)
Por aquel sitio no hay gente.
Puedo marchar descuidado.
(amargamente irónico)
¿Qué quieres más?

MARIANA

(turbada y balbuciente)
Sé prudente.

FERNANDO

(en la puerta, poniéndose el sombrero)
Yo tengo el alma cautiva;
desecha todo temor.
Prisionero soy de amor,
y lo seré mientras viva.

MARIANA

Adiós.

MARIANA coge el candelero.

FERNANDO

No salgas, Mariana.
El tiempo corre, y yo quiero
pasar el puente primero
que don Pedro. Hasta mañana.

Salen.

La escena queda solitaria medio segundo. Apenas han salido MARIANA y FERNANDO por una puerta, cuando aparece DOÑA ANGUSTIAS por la de enfrente, con un candelabro. El fino y otonal perfume de los membrillos invade el ambiente.

ANGUSTIAS

¡Niña, ¿dónde estás? ¡Niña!
Pero, Señor, ¿qué es esto?
¿Dónde estabas?

MARIANA

(entrando con un candelabro)
Salía
con Fernando...

ANGUSTIAS

¡Qué juego
inventaron tus hijos!
Regáñales.

MARIANA

(dejando el candelabro)
¿Qué hicieron?

ANGUSTIAS

¡Mariana, la bandera
que bordas en secreto...!

MARIANA

(interrumpiendo, dramáticamente)
¿Qué dices?

ANGUSTIAS

¡... han hallado
en el armario viejo
y se han tendido en ella
fingiéndose los muertos!
Tilín, talán; abuela,
dile al curita nuestro
que traiga banderolas
y flores de romero;
que traigan encarnadas
clavelillas del huerto.
Ya vienen los obispos,
decían uri memento,
y cerraban los ojos,
poniéndose muy serios.
serán cosas de niños;
está bien. Mas yo vengo
muy mal impresionada,
y me da mucho miedo
la dichosa bandera.

MARIANA

(aterrada)

¡Pero cómo la vieron?
¡Estaba bien oculta!

ANGUSTIAS

Mariana, ¡triste tiempo
para esta antigua casa,
que derrumbarse veo,
sin un hombre, sin nadie,
en medio del silencio!
Y luego, tú...

MARIANA

(desorientada y con aire trágico)

¡Por Dios!

ANGUSTIAS

Mariana, ¿tú que has hecho?
Cercar estas paredes
de guardianes secretos.

MARIANA

Tengo el corazón loco
y no sé lo que quiero.

ANGUSTIAS

¡Olvídalos, Mariana!

MARIANA

(con pasión)
¡Olvidarlo no puedo!

Se oyen risas de niños.

ANGUSTIAS

(haciendo señas para que MARIANA calle)
Los niños.

MARIANA

Vamos pronto.
¿Cómo alcanzaron eso?

ANGUSTIAS

Así pasan las cosas.
¡Mariana, piensa en ellos!

Coge un candelabro.

MARIANA

Sí, sí; tienes razón.
Tienes razón. ¡No pienso!

ANGUSTIAS

Vamos.

DOÑA ANGUSTIAS sale. Antes de salir, MARIANA se detiene.

MARIANA

(en voz baja)
Sed felices, niños míos,
mientras que yo, perdida y loca, siento
(lentamente)

quemarse con su propia lumbre viva
esta rosa de sangre de mi pecho.
Soñar en la verbena y el jardín
de Cartagena, luminoso y fresco,
y en las ramas del verde limonero.
Que yo también estoy dormida, niños,
y voy volando por mi propio sueño,
como van, sin saber adónde van,
los tenues villancicos por el viento.

Sale.

Telón.

ESTAMPA SEGUNDA

Sala principal en la casa de MARIANA. Entonación en grises, blancos, marfiles, como una antigua litografía. Estrado blanco, a estilo imperio. Al fondo, una puerta con una cortina gris, y puertas laterales. Hay una consola con urna y grandes ramos de flores de seda. En el centro de la habitación, un pianoforte y candelabros de cristal. Es de noche. La estancia es limpia y modesta, aunque conservando ciertos muebles de lujo heredados por MARIANA. Está en escena MARIANA, junto a la puerta. Lleva otra ropa. Es un día diferente.

Escena I

MARIANA

(hacia afuera)

Es hora de acostarse.

(la hija replica)

Hija, no puedo,

Yo tengo que coserte una capita.

(el niño pregunta “¿Y para mí?”)

Para ti, hijo, un sombrero

Con una cinta verde y dos naranja.
Venga, a la cama, niños.
Os acuesta Clavela.
Buenas noches, cielos míos.

Los ve marcharse con ternura.

Aparece DOÑA ANGUSTIAS en la puerta.

ANGUSTIAS

(en un aparte)

Vieja y honrada casa, ¡qué locura!

(a MARIANA)

Tienes una visita.

MARIANA

¿Quién?

ANGUSTIAS

Don Pedro.

MARIANA

¡Pedro!

ANGUSTIAS

¡Seréntate, hija mía!

(indicando con un gesto que Pedro está en la sala contigua)

MARIANA

(en voz baja)

Tienes razón. ¡Pero no puedo!

DOÑA ANGUSTIAS va a la puerta.

ANGUSTIAS

Pase. Adelante.

Entra DON PEDRO. Tiene treinta y seis años. Es un hombre simpático, sereno y fuerte. Viste correctamente y habla de una manera dulce. MARIANA le tiende los brazos y le estrecha las manos. DOÑA ANGUSTIAS adopta una triste y reservada actitud.

PEDRO

(efusivo)

Gracias, Mariana, gracias.

MARIANA

(casi sin hablar)

Cumplí con mi deber.

Durante esta escena dará MARIANA muestras de una vehemente y profunda pasión.

PEDRO

(dirigiéndose a DOÑA ANGUSTIAS)

Muchas gracias, señora.

ANGUSTIAS

(triste)

¿Y por qué? Buenas noches.

(a MARIANA)

Yo me voy
con los niños.

(aparte)

¡Ay, pobre Marianita!

Sale. Al salir ANGUSTIAS, PEDRO, efusivo, enlaza a MARIANA por el talle.

PEDRO

(apasionado)

¡Quién pudiera pagarte lo que has hecho por mí!

Toda mi sangre es nueva, porque tú me la has dado
exponiendo tu débil corazón al peligro.

¡Ay, qué miedo tan grande tuve por él, Mariana!

MARIANA

(cerca y abandonada)

¿De qué sirve mi sangre, Pedro, si tú murieras?
Un pájaro sin aire, ¿puede volar? ¡Entonces!...

(bajo)

Yo no podré decirte cómo te quiero nunca;
a tu lado me olvido de todas las palabras.

PEDRO

(con voz suave)

¡Cuántos peligros corres sin el menor desmayo!
¡Qué sola estás, cercada de maliciosa gente!
¡Quién pudiera librarte de aquellos que te acechan
con mi propio dolor y mi vida, Mariana!

MARIANA

(echando la cabeza en el hombre y como soñando)

¡Así! Deja tu aliento sobre mi frente. Limpia
esta angustia que tengo y este sabor amargo;
esta angustia de andar sin saber dónde voy,
y este sabor de amor que me quema la boca.

(se separa rápidamente del caballero y le coge los codos)

¡Pedro! ¿No te persiguen? ¿Te vieron entrar?

PEDRO

(se sienta)

Nadie.

Vives en una calle silenciosa, y la noche
se presentaba endiablada.

MARIANA

Yo tengo mucho miedo.

PEDRO

(cogiéndole una mano)

¡ven aquí!

MARIANA

(se sienta)

Mucho miedo de que esto se adivine,
de que pueda matarte la canalla realista.
Y si tú...

(con pasión)

yo me muero, lo sabes, yo me muero.

PEDRO

(con pasión)

¡Marianita, no temas! ¡Mujer mía! ¡Vida mía!
En el mayor sigilo conspiramos. ¡No temas!

La bandera que has bordado temblará por las calles
entre el calor entero del pueblo de Granada.
Por ti la Libertad suspirada por todos
pisará tierra dura con anchos pies de plata.
Pero si así no fuese; si Pedrosa...

MARIANA

(aterrada)

¡No sigas!

PEDRO

...Sorprende nuestro grupo y hemos de morir...

MARIANA

¡Calla!

PEDRO

Mariana, ¿qué es el hombre sin libertad? ¿Sin esa
luz armoniosa y fija que se siente por dentro?
¿Cómo podría quererte no siendo libre, dime?
¿Cómo darte este firme corazón si no es mío?
No temas; ya he burlado a Pedrosa en el campo,
y así pienso seguir hasta vencer contigo,
que me ofreces tu amor y tu casa y tus dedos.

MARIANA

¡Y algo que yo no sé decir, pero que existe!
¡Qué bien estoy contigo! Pero aunque alegre noto
un gran desasosiego que me turba y enoja;
me parece que hay hombres detrás de las cortinas,
que mis palabras suenan claramente en la calle.

PEDRO

(amargo)

¡Eso sí! ¡Qué mortal inquietud, qué amargura!
¡Qué constante pregunta al minuto lejano!
¡Qué otoño interminable sufri por esa sierra!
¡Tú no lo sabes!

MARIANA

Dime: ¿corriste gran peligro?

PEDRO

Estuve casi en manos de la justicia,
(*MARIANA hace un gesto de horror*)
pero me salvó el pasaporte y el caballo
que enviaste la otra noche
con un extraño joven, que no me dijo nada.

MARIANA

(*inquieta y sin querer recordar*)
Y dime.

Pausa.

PEDRO

¿Por qué tiemblas?

MARIANA

(*nerviosa*)
Sigue. ¿Después?

PEDRO

Después
vagué por la Alpujarra. Supe que en Gibraltar
había fiebre amarilla; la entrada era imposible,
y esperé bien oculto la ocasión, ¡Ya ha llegado!
Venceré con tu ayuda, ¡Mariana de mi vida!
¡Libertad, aunque con sangre llame a todas las puertas!

MARIANA

(*radiante*)
¡Mi Victoria consiste en tenerte a mi vera!
En mirarte los ojos mientras tú no me miras.
Cuando estás a mi lado olvido lo que siento
y quiero a todo el mundo:
hasta al rey y a Pedrosa.
Al bueno como al malo. ¡Pedro!, cuando se quiere
se está fuera del tiempo,
y ya no hay día ni noche, ¡sino tú y yo!

PEDRO

(*abrazándola*)
¡Mariana!

Con dos blancos ríos de rubor y silencio,
así enlazan tus brazos mi cuerpo combatido.

MARIANA

(cogiéndole la cabeza)

Ahora puedo perderte, puedo perder tu vida.
Como la enamorada de un marinero loco
que navevara eterno sobre una barca vieja,
acecho un mar oscuro, sin fondo ni oleaje,
en espera de gentes que te traigan ahogado.

PEDRO

No es hora de pensar en quimeras, que es hora
de abrir el pecho a bellas realidades cercanas
de una España cubierta de espigas y rebaños,
donde la gente coma su pan con alegría,
en medio de estas anchas eternidades nuestras
y esta aguda pasión de horizonte y silencio.
España entierra y pisa su corazón antiguo,
Su herido corazón de Península andante,
Y hay que salvarla pronto con manos y dientes.

MARIANA

(pasional)

Y yo soy la primera que lo pide con ansia.
Quiero tener abiertos mis balcones al sol
para que llene el suelo de flores amarillas
y quererte, segura de tu amor sin que nadie
me aceche, como en este decisivo momento.

(en un arranque)

¡Pero ya estoy dispuesta!

Se levanta.

PEDRO

(entusiasmado, se levanta)

¡Así me gusta verte,
hermosa Marianita! Ya no tardarán mucho
los amigos, y alienta
ese rostro bravío y esos ojos ardientes
(amoroso)
sobre tu cuello blanco, que tiene luz de luna.

Fuera comienza a llover y se levanta viento. MARIANA hace señas a PEDRO de que calle. Entra DOÑA ANGUSTIAS.

ANGUSTIAS

(entrando)

Hija... Me parece que han llamado.

PEDRO

¿La señá? ¿Fue la señá?

MARIANA

Aguarda un momento, madre.

Los tres escuchan expectantes.

PEDRO

Sí, es la señá.

MARIANA

Oh, Pedro.

ANGUSTIAS

Voy a abrir.

MARIANA

Antes de abrir, mira
por la mirilla grande.

ANGUSTIAS

Así lo haré.

MARIANA

No enciendas luz ninguna,
pero ten en el patio, madre,
un velón prevenido,
y cierra la ventana del jardín.

DOÑA ANGUSTIAS sale.

MARIANA

¿Cuántos vendrán?

PEDRO

Muy pocos.
Pero los que interesan.

MARIANA

¿Noticias?

PEDRO

Las habrá
dentro de unos instantes.
Si, al fin, hemos de alzarnos,
Decidiremos.

MARIANA

¡Calla!

Hace ademán a DON PEDRO de que se calle, y queda escuchando. Fueras se oye la lluvia y el viento.

MARIANA

¡Ya están aquí!

PEDRO

(mirando el reloj)
Puntuales,
como buenos patriotas.
¡Son gente decidida!
(yendo hacia la puerta)
Ahora vuelvo, Mariana. No tardaré.

MARIANA

¡Dios nos ayude a todos!

PEDRO

¡Ayudará!

MARIANA

¡Debiera,
si mirase a este mundo!

Sale PEDRO. Telón rápido.

Escena II

Están DOÑA ANGUSTIAS y MARIANA.

ANGUSTIAS

No puedo decirte más. Me retiré
y los dejé solos.

MARIANA

¿En qué estado venían?

ANGUSTIAS

Venían con las manos frías.

(MARIANA escucha atenta)

Decían que el Zacatín estaba intransitable
por culpa de la lluvia.

MARIANA

La lluvia, como un sauce de cristal,
sobre las casas de Granada cae.

ANGUSTIAS

Dijeron que el Darro venía lleno de agua turbia.

MARIANA

¿No llevan mucho tiempo?

(mira el reloj)

Cerca de media hora.

(a su madre, continúa)

¿Les vio alguien?

ANGUSTIAS

Sólo oí que viieron separados
hasta la entrada de la misma calle.

MARIANA

Pedrosa no ha cesado de espiarlos,
y aunque lo despistan sagazmente,
continúa en acecho, y algo sabe.

ANGUSTIAS

No es posible que pueda figurarse...

MARIANA

Yo no estoy muy tranquila, y te lo digo
para que andemos con cautela grande.
De noche, cuando cierro las ventanas,
imagino que empuja los cristales.

Asoma DON PEDRO.

PEDRO

Señoras.

MARIANA

¡Pedro!

(yendo hacia él, tomándole las manos)

Empezaba a inquietarme. ¿Son buenas las noticias?

PEDRO

(consternado)

La situación es grave.

(a ANGUSTIAS)

Doña Angustias...

ANGUSTIAS

(saliendo)

Les llevo ahora mismo algo de comer...

PEDRO

Muchas gracias, doña Angustias.

Sale.

PEDRO

Venían muy hambrientos.

MARIANA

¡Cuenta, Pedro, cuenta!

PEDRO

Hay que estar prevenidos. El Gobierno
Por todas partes nos está acechando.

MARIANA

¿Qué te han dicho?

PEDRO

Sugieren que aplacemos el alzamiento.

MARIANA

¿Aplazarlo?

PEDRO

Yo no sé qué pensar; que tengo abierta
una herida que sangra en mi costado,
y no puedo esperar.

MARIANA

¿Qué ha pasado?

PEDRO

Guarda bien la bandera, Mariana.
¿La tienes a buen recaudo?

MARIANA

La he mandado
a casa de una vieja amiga mía,
allá en el Albaicín, y estoy temblando.
Quizá estuviera aquí mejor guardada.
¡Pero, cuenta! ¿qué ha pasado?

PEDRO

España entera ha callado.

(reflexivo)

Andalucía tenía todo el aire
lleno de Libertad. Esta palabra
perfumaba el corazón de sus ciudades,
desde las viejas torres amarillas
hasta los olivares.
Esa costa de Málaga estaba llena
de gente decidida a levantarse:

pescadores del Palo, marineros
y caballeros principales.
Pero cuando el viento ha llamado a la acción:
España entera ha callado.
Nos seguían pueblos como Nerja, Vélez,
que aguardaban las noticias, anhelantes.
Hombres de acantilado y mar abierto,
y, por tanto, libres como nadie.
Algeciras acechaba la ocasión,
Y en Granada, señores de linaje
como vosotros han expuesto su vida
de una manera emocionante.
Y ahora, todos,
todos ellos ahora callan.

MARIANA

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué este cambio?

PEDRO

Torrijos, el general
noble, de la frente limpia,
donde se estaban mirando
las gentes de Andalucía,
caballero entre los duques,
corazón de plata fina,
ha sido muerto en las playas
de Málaga la bravía.
Le atrajeron con engaños
que él creyó, por su desdicha,
y se acercó, satisfecho
con sus buques, a la orilla.
¡Malhaya el corazón noble
que de los malos se fia!,
que al poner el pie en la arena
lo prendieron los realistas.
El vizconde de La Barthe,
que mandaba las milicias,
debió cortarse la mano
antes de tal villanía,
como es quitar a Torrijos
bella espada que ceñía,
con el puño de cristal,

adornado con dos cintas.
Muy de noche lo mataron
con toda su compañía.
Caballero entre los duques,
corazón de plata fina.
grandes nubes se levantan
sobre la tierra de Mijas.
El viento mueve la mar
y los barcos se retiran
con los remos presurosos
Y las velas extendidas.
Entre el ruido de las olas
sonó la fusilería,
Y muerto quedó en la arena,
sangrando por tres heridas,
el valiente caballero,
con toda la compañía.
La muerte, con ser la muerte,
no deshojó su sonrisa.
sobre los barcos lloró
toda la marinería,
y las más bellas mujeres,
enlutadas y afligidas,
lo fueron a llorar también
por el limonar arriba.

MARIANA

Oh, Pedro. Qué pasará ahora.

PEDRO

(armándose)

Cada dificultad me da más bríos.
La muerte de Torrijos me enardece
para seguir luchando.

MARIANA

Por la lucha hemos luchado.

PEDRO

Mis fuerzas no se agotarán.

MARIANA

Pedro, mientras yo viva...
estaré siempre a tu lado.

PEDRO

¡Mariana!

MARIANA

A pesar de esta opresión aguda,
de tener razones para el desánimo...

(sentida)

“Luna tendida, marinero en pie”,
dicen allá por el Mediterráneo,
las gentes de veleros y fragatas.

¡Como ellos, hay que estar siempre acechando!

(como en sueños)

“Luna tendida, marinero en pie”.

PEDRO

Que sean nuestras casas como barcos.

Fuera se oyen aldabonazos lejanos. Quedan inmóviles en medio de un gran silencio.

MARIANA

Es el viento que cierra una ventana.

Otro aldabonazo.

PEDRO

¿Oyes, Mariana?

MARIANA

¿Quién será? ¡Dios Santo!

PEDRO

¡No temas! Ya verás como no es nada.

Se levantan despacio, llenos de inquietud. Entra DOÑA ANGUSTIAS casi ahogada.

ANGUSTIAS

¡Don Pedro! ¡Dos hombres embozados,
Y Pedrosa con ellos!

PEDRO

¿Y mis hombres?

ANGUSTIAS

Aguardan en el patio.

MARIANA

(gritando, llena de pasión)

¡Pedro, vete!
¡Y todos, Virgen santa! ¡Pronto!

PEDRO

Mariana...

MARIANA

¡Date prisa!

PEDRO

No debo...

MARIANA

¡Aprisa!

PEDRO

¿Por dónde?

MARIANA

¡Ay! ¿Por dónde?

ANGUSTIAS

¡Están llamando!

MARIANA

(iluminada)

¡Por aquella ventana del pasillo
Saltarás fácilmente! Ese tejado
Está cerca del suelo. Te llevará al patio.

PEDRO
Mariana.

MARIANA
¡Es necesario!
¿Cómo justificar vuestra presencia?

PEDRO
¡Adiós, Mariana!

MARIANA
Dios te guarde, Pedro.
Dios os guarde, amigos.

PEDRO sale rápidamente por la puerta de la derecha. ANGUSTIAS está asomada a una rendija del balcón, que da a la calle.
MARIANA, en la puerta dice:

MARIANA
¡Pedro..., y todos, que tengáis cuidado!

Cierra la puertecilla por donde ha salido PEDRO, y corre la cortina. Luego, dramática:

MARIANA
¡Abre, madre! Soy una mujer
que va atada a la cola de un caballo.

Sale DOÑA ANGUSTIAS. MARIANA se dirige al fortepiano.

MARIANA
¡Dios mío, acuérdate de tu pasión
y de las llagas de tus manos!

*Se sienta y empieza a cantar la canción del “Contrabandista”,
original de Manuel García: 1808.*

MARIANA
“Yo que soy contrabandista
y campo por mis respetos
a todos los desafío,
pues a nadie tengo miedo.

¡Ay! ¡Ay!
¡Ay muchachos! ¡Ay muchachas!
¿Quién me compra hilo negro?
Mi caballo está rendido
¡y yo me muero de sueño!
¡Ay!
¡Ay! Que la ronda ya viene
Y se empezó el tiroteo.
¡Ay! ¡Ay! Caballito mío,
caballo mío careto.
¡Ay!
¡Ay! Caballo, ve ligero.
¡Ay! Caballo, que me muero.
¡Ay!

Ha de cantar con un admirable y desesperado sentimiento, escuchando los pasos de PEDROSA por la escalera.

Las cortinas del fondo se levantan y aparece DOÑA ANGUSTIAS, aterrada, con el candelabro de tres bujías en una mano y la otra puesta sobre el pecho. PEDROSA, vestido de negro, con capa, llega detrás. PEDROSA es un tipo seco, de una palidez intensa y de una admirable serenidad. Dirá las frases con ironía muy velada y mirará minuciosamente a todos lados, pero con corrección. Es antipático. Hay que huir de la caricatura. Al entrar PEDROSA, MARIANA deja de tocar y se levanta del piano-forte. Silencio.

MARIANA
Adelante.

PEDROSA
(adelantándose)
Señora, no interrumpa
por mí la canción que ahora mismo
entonaba.

Pausa.

MARIANA
(queriendo sonreír)
La noche estaba triste
y me puse a cantar.

Pausa.

PEDROSA

He visto luz
en su balcón y quise visitarla.
Perdone si interrumpo sus quehaceres.

MARIANA

Se lo agradezco mucho.

PEDROSA

¡Qué manera de llover!

Pausa. En esta escena habrá pausas imperceptibles y rotundos silencios instantáneos, en los cuales luchan desesperadamente las almas de los dos personajes. Escena delicadísima de matizar, procurando no caer en exageraciones que perjudiquen su emoción. En esta escena se ha de notar mucho más lo que no se dice que lo que se está hablando. La lluvia, discretamente imitada y sin ruido excesivo, llegará de cuando en cuando a llenar silencios.

MARIANA

(con intención)

¿Es muy tarde?

Pausa.

PEDROSA

(mirándola fijamente, y con intención también)

¡Sí! Muy tarde.
El reloj de la Audiencia ya hace rato
que dio las once.

MARIANA

(serena e indicando asiento a PEDROSA)

No las he sentido.

PEDROSA

(sentándose)

Yo las sentí lejanas. Ahora vengo
de recorrer las calles silenciosas,

calado hasta los huesos por la lluvia,
resistiendo ese gris fino y glacial
que viene de la Alhambra.

MARIANA

(con intención y rehaciéndose)

El aire helado
que clava agujas sobre los pulmones
y para el corazón.

PEDROSA

(devolviéndole la ironía)

Pues ese mismo.

Cumplio deberes de mi duro cargo.
Mientras que usted, espléndida Mariana,
en su casa, al abrigo de los vientos,
hace encajes... o borda...

(como recordando)

¿Quién me ha dicho
que bordaba muy bien?

MARIANA

(aterrada, pero con cierta serenidad)

¿Es un pecado?

PEDROSA

(haciendo una señal negativa)

El Rey nuestro Señor, que Dios proteja,
(se inclina)
se entretuvo bordando en Valençay
con su tío el infante don Antonio.
Ocupación bellísima.

MARIANA

¡Dios mío!

PEDROSA

¿Le extraña mi visita?

MARIANA

(tratando de sonreír)

¡No!

PEDROSA

(serio)

¡Mariana!

Pausa.

PEDROSA

Una mujer tan bella como usted,
¿no siente miedo de vivir tan sola?

MARIANA

¿Miedo? ¡Ninguno!

PEDROSA

(con intención)

Hay tantos liberales
y tantos anarquistas por Granada,
que la gente no vive muy segura.

(firme)

¡Usted ya lo sabrá!

MARIANA

(digna)

¡Señor Pedrosa!
¡Soy mujer de mi casa y nada más!

PEDROSA

(sonriendo)

Y yo soy juez. Por eso me preocupo
de estas cuestiones. Perdonad, Mariana.
Pero hace ya tres meses que ando loco
Sin poder capturar a un cabecilla...

Pausa. MARIANA trata de escuchar y juega con su sortija, conteniendo su angustia y su indignación.

PEDROSA

(como recordando, con frialdad)

Un tal don Pedro de Sotomayor.

MARIANA

Es probable que esté fuera de España.

PEDROSA

No; yo espero que pronto será mío.

Al oír eso MARIANA tiene un ligero desvanecimiento nervioso; lo suficiente para que se le escape la sortija de la mano, o más bien, la arroja ella para evitar la conversación.

MARIANA

(levantándose)

¡Mi sortija!

PEDROSA

¿Cayo?

(con intención)

Tenga cuidado.

MARIANA

(nerviosa)

Es mi anillo de bodas; no se mueva,
y vaya a pisarlo.

(busca)

PEDROSA

Está muy bien.

MARIANA

Parece

que una mano invisible lo arrancó.

PEDROSA

Tenga más calma.

(frío)

Mire.

(señala el sitio donde ve el anillo, al mismo tiempo que avanzan)
¡Ya está aquí!

MARIANA se inclina para recogerlo antes que PEDROSA; este queda a su lado, y en el momento de levantarse MARIANA, la enlaza rápidamente y la besa.

MARIANA

(dando un grito y retirándose)

¡Pedrosa!

Pausa. MARIANA rompe a llorar de furor.

PEDROSA

(suave)

Grite menos.

MARIANA

¡Virgen Santa!

PEDROSA

(sentándose)

Me parece que este llanto está de más.

Mi señora Mariana, esté serena.

MARIANA

(arrancándose desesperada y cogiendo a PEDROSA por la solapa)

¿Qué piensa de mí? ¡Diga!

PEDROSA

Muchas cosas.

MARIANA

Pues yo sabré vencerlas. ¿Qué pretende?

Sepa que yo no tengo miedo a nadie.

Como el agua que nace yo soy limpia,
y me puedo manchar si usted me toca;
pero sé defenderme. ¡Salga pronto!

PEDROSA

(fuerte y lleno de ira)

¡Silencio!

Pausa.

PEDROSA

(frío)

Quiero ser amigo suyo.

Me debe agradecer esta visita.

MARIANA

(fiera)

¿puedo yo permitir que usted me insulte?

¿Que penetre de noche en mi vivienda
para que yo...? ¡Canalla! No sé cómo...

(se contiene)

¡Usted quiere perderme!

PEDROSA

(cálido)

¡Lo contrario!

Vengo a salvarla.

MARIANA

(bravía)

¡No lo necesito!

Pausa.

PEDROSA

(fuerte y dominador, acercándose con una agria sonrisa)

¡Mariana! ¿Qué me dice de la bandera?

MARIANA

(turbada)

¿Qué bandera?

PEDROSA

¡La que bordó con esas manos blancas

(las coge)

En contra de las leyes y del Rey!

MARIANA

¿Qué infame le mintió?

PEDROSA

(indiferente)

¡Muy bien bordada!

De tafetán morada y verdes letras.

Allá en el Albaicín, la recogimos,
y ya está en mi poder como tu vida.

Pero no temas; soy amigo tuyo.

MARIANA queda ahogada.

MARIANA

(casi desmayada)

Es mentira, es mentira.

PEDROSA

Sé también

que hay mucha gente complicada.

Espero que dirás sus nombres, ¿verdad?

(bajando la voz y apasionadamente)

Nadie sabrá lo que ha pasado. Yo te quiero
mía, ¿lo estás oyendo? Mía o muerta.

Me has despreciado siempre; pero ahora
puedo apretar tu cuello con mis manos,
este cuello de nardo transparente,
y me querrás porque te doy la vida.

MARIANA

(tierna y suplicante en medio de su desesperación, abrazándose a PEDROSA)

¡Tenga piedad de mí! ¡Si usted supiera!

Y déjeme escapar. Yo guardaré
su recuerdo en las niñas de mis ojos.

¡Pedrosa, por mis hijos!...

PEDROSA

(abrazándola, sensual)

La bandera

no la has bordado tú, linda Mariana,
y ya eres libre porque así lo quiero...

MARIANA, al ver cerca de sus labios los labios de PEDROSA, lo rechaza, reaccionando de una manera salvaje.

MARIANA

¡Eso nunca! ¡Primero doy mi sangre!

Que me cueste dolor, pero con honra.

¡Salga de aquí!

PEDROSA
(reconviniéndola)
¡Mariana!

MARIANA
¡Salga pronto!

PEDROSA
(frío y reservado)
¡Está muy bien! Yo seguiré el asunto
Y usted misma se pierde.

MARIANA
¡Qué me importa!
Yo bordé la bandera con mis manos;
con estas manos, ¡mírelas, Pedrosa!,
y conozco muy grandes caballeros
que izarla pretendían en Granada.
¡Mas no diré sus nombres!

PEDROSA
¡Por la fuerza
delatará! ¡Los hierros duelen mucho,
y una mujer es siempre una mujer!
¡Cuando usted quiera me avisa!

MARIANA
¡Cobarde!
¡Aunque en mi corazón clavaran vidrios
no hablaría!
(en un arranque)
¡Pedrosa, aquí me tiene!

PEDROSA
¡Ya veremos!...

MARIANA
¡Madre, el candelabro!

Entra DOÑA ANGUSTIAS, aterrada, con las manos cruzadas sobre el pecho.

PEDROSA

No hace falta, señora. Queda usted
detenida en nombre de la ley.

MARIANA

¿En nombre de qué ley?

PEDROSA

(frío y ceremonioso)
¡Buenas noches!

Sale.

ANGUSTIAS

(dramática)
¡Ay, hija, mi niña, clavelito,
prenda de mis entrañas!

MARIANA

(llena de angustia y terror)
Madre,
yo me voy, dame el chal.

ANGUSTIAS

¡Mariana! Tu niña llora.
Tiene miedo del aire y de la lluvia.

Se asoma a la ventana. Fuera se oye otra vez la fuerte lluvia.

MARIANA

¡Me iré a casa de don Luis! ¡Cuida los niños!

ANGUSTIAS

¡Se han quedado en la puerta! ¡No se puede!

MARIANA

Claro está.

(señalando una salida)
¡Por aquí!

ANGUSTIAS

¡Es imposible!

MARIANA

¡Estoy presa! ¡Estoy presa, madre!

ANGUSTIAS

(abrazándola)

¡Marianita!

MARIANA

(arrojándose en el sofá)

¡Ahora empiezo a morir!

(las dos mujeres se abrazan)

Mírame y llora. ¡Ahora empiezo a morir!

Telón rápido.

ESTAMPA TERCERA

Convento de Santa María Egipciaca, de Granada. Rasgos árabes. Arcos, cipreses, fuentecillas y arrayanes. Hay unos bancos y unas viejas sillas de cuero. Al levantarse el telón está la escena solitaria. Suenan el órgano y las lejanas voces de las monjas. MARIANA aparece con un espléndido traje blanco. Está palidísima. Se detiene ante la estatua de un Santo.

Escena I

MARIANA

(al Santo)

Si pudiera

quedarme aquí, en el Beatario,

para siempre...

Pero no puedo.

No puedo porque estoy muerta.

Pero el mundo se me acerca,

las piedras, el agua, el aire,

¡comprendo que estaba ciega!

Este silencio me pesa
mágicamente. Se agranda
como un techo de violetas,

(apasionada)

y otras veces finge en mí
una larga cabellera.

¡Ay, qué buen soñar!
Soy una gran pecadora;
pero amé de una manera
que Dios me perdonará
como a Santa Magdalena.

¡Estoy tan herida
por las cosas de la tierra!
Nace el que muere sufriendo,
¡comprendo que estaba ciega!

MARIANA se dirige al fondo rápidamente, con todo género de precauciones, y allí aparece DOÑA ANGUSTIAS.

ANGUSTIAS

¡Mariana!

MARIANA

¡Madre! ¡Has podido!

ANGUSTIAS

Por poco tiempo, Marianita.

Sor Carmen se arriesga mucho...

MARIANA

Es un rayo de sol, la madre Carmen.

(con impaciencia)

Cuéntame madre, dime. ¿Qué traes?

ANGUSTIAS

¡Paciencia

para lo que vas a oír!

MARIANA

¡Habla pronto, por favor!

¿Fuiste a casa de don Luis?

ANGUSTIAS

Lo he hecho. Y me han dicho...
que les era
imposible pretender
salvarle. Que ni lo intentan,
porque todos morirían;
pero que harán lo que puedan.

MARIANA

(valiente)

¡Lo harán todo! ¡Estoy segura!
Son gentes de la nobleza,
y yo soy noble, madre.
¿No ves cómo estoy serena?

ANGUSTIAS

Hay un miedo que da miedo.
Las calles están desiertas.
Sólo el viento viene y va;
pero la gente se encierra.
No encontraré más que una niña
llorando sobre la puerta
de la antigua Alcacería.

MARIANA

¿Crees que van a dejar que muera
La que tiene menos culpa?

ANGUSTIAS

Yo no sé lo que ellos piensan.

MARIANA

¿Y de lo demás?

ANGUSTIAS

(turbada)

¡Hija!...

MARIANA

Sigue hablando.

ANGUSTIAS

No quisiera.

(MARIANA hace un gesto de impaciencia)

El caballero don Pedro
de Sotomayor se aleja
de España, según me han dicho.
dicen que marcha a Inglaterra.
Don Luis lo sabe de cierto.

MARIANA

(sonríe incrédula y dramática, porque en el fondo sabe que es verdad)
Quien te lo dijera desea
aumentar mi sufrimiento.
¡Madre, no lo creas!
¿Verdad que tú no lo crees?

ANGUSTIAS

(turbada)

Hija, como tú quieras.

MARIANA

Don Pedro vendrá a caballo
como loco cuando sepa
que yo estoy encarcelada
por bordarle su bandera.
Y, si me matan, vendrá
para morir a mi vera,
que me lo dijo una noche
besándome la cabeza.
Él vendrá como un San Jorge
de diamantes y agua negra,
al aire la deslumbrante
flor de su capa bermeja.
Y porque es noble y modesto,
para que nadie lo vea,
vendrá por la madrugada,
por la madrugada fresca,
cuando sobre el cielo oscuro
brilla el limonar a penas
y el alba finge en las olas
fragatas de sombra y seda.

(creciéndose)

¿Tú que sabes? ¡Qué alegría!
No tengo miedo, ¿te enteras?

ANGUSTIAS

¡Hija!

MARIANA

¿Quién te lo ha dicho?

ANGUSTIAS

Don Luis.

MARIANA

¿Sabe la sentencia?

ANGUSTIAS

Dijo que no la creía.

MARIANA

(angustiada)

Pues es muy verdad.

ANGUSTIAS

Pelearemos esa sentencia.

MARIANA

Eso si lo permite Pedrosa.

ANGUSTIAS

Oh, hija, lo haremos.
Me apena
darte tan malas noticias.

MARIANA

¡Madre, irás!

ANGUSTIAS

¿Iré?

MARIANA

Ahora. Quiero que vuelvas...

ANGUSTIAS

Lo que me pidas, hijita.

MARIANA

Volverás para decirles
que yo estoy muy satisfecha
porque sé que vendrán todos,
¡y son muchos!, cuando deban.

ANGUSTIAS

Sí, hija.

MARIANA

¡Dios te lo pague!

ANGUSTIAS

Que el Señor resista, Mariana.

MARIANA

Adiós, madre.

ANGUSTIAS

Adiós, mi hijita querida.

Sale.

MARIANA regresa despacio a la estatua del Santo.

MARIANA

(en voz baja)

Y me quedo sola mientras
que, bajo la acacia en flor
del jardín, mi muerte acecha.
Pero mi vida está aquí.

(dirigiéndose al huerto)

Mi sangre se agita y tiembla,
como un árbol de coral
con la marejada tierna.
Y aunque tu caballo pone
cuatro lunas en las piedras
y fuego en la verde brisa
débil de la primavera,

¡corre más! ¡Ven a buscarme!
Mira que siento muy cerca
dedos de hueso y de musgo
acariciar mi cabeza.

(se dirige al jardín como si hablara con alguien)
No puedes entrar. ¡No puedes!
¡Ay Pedro! Por ti no entra;
pero sentada en la fuente
toca una blanda vihuela.

Se sienta en un banco y apoya la cabeza sobre sus manos.

MARIANA

(cantando)

A la vera del agua,
sin que nadie la viera,
se murió mi esperanza.
Sin que nadie la viera,
a la vera del agua,
sin que nadie la viera,
Se murió mi esperanza...

Por el foro, aparece PEDROSA. MARIANA no lo ve. Habla para sí misma.

MARIANA

Esta copla está diciendo
lo que saber no quisiera.
Corazón sin esperanza
¡que se lo trague la tierra!

Oye a PEDROSA a su espalda.

MARIANA

(asustada, levantándose y como saliendo de un sueño)
¿Quién es?

PEDROSA

Señora.

MARIANA queda sorprendida y deja escapar una exclamación. Hay en estos momentos una gran inquietud en escena. PEDROSA, frío y correcto, mira intensamente a MARIANA, y ésta, melancólica, pero valiente, recoge sus miradas. PEDROSA viste de negro, con capa. Su aire frío debe hacerse notar.

MARIANA

Me lo dio el corazón: ¡Pedrosa!

PEDROSA

El mismo

que aguarda, como siempre, sus noticias.

Ya es hora. ¿No os parece?

MARIANA

Siempre es hora

de callar y vivir con alegría.

Se sienta en un banco. En este momento, y durante todo el acto, MARIANA tendrá un delirio delicadísimo, que estallará al final.

PEDROSA

¿conoce la sentencia?

MARIANA

La conozco.

PEDROSA

¿Y bien?

MARIANA

(radiante)

Pero yo pienso que es mentira.

Tengo el cuello muy corto para ser
ajusticiada. Ya ve. No podrían.

Además, es hermoso y blanco; nadie
Querrá tocarlo.

PEDROSA

(completando)

¡Mariana!

MARIANA

(fiera)

Se olvida
que para que yo muera tiene toda
Granada que morir. Y que saldrían
muy grandes caballeros a salvarme,
Porque soy noble. Porque soy hija
de un capitán de navío, Caballero
de Calatrava. ¡Déjeme tranquila!

PEDROSA

No habrá nadie en Granada que se asome
cuando usted pase con su comitiva.
Los andaluces hablan; pero luego...

MARIANA

Me dejan sola; ¿y qué? Uno vendría
para morir conmigo, y esto basta.
¡Pero vendrá para salvar mi vida!

Sonríe y respira fuertemente, llevándose las manos al pecho.

PEDROSA

(en un arranque)

Yo no quiero que mueras tú, ¡no quiero!
Ni morirás, porque darás noticias
de la conjuración. Estoy seguro.

MARIANA

(fiera)

No diré nada, como usted querría,
a pesar de tener un corazón
en el que ya no caben más heridas.
Fuerte y sorda seré a vuestros halagos.
Antes me daban miedo sus pupilas.
Ahora le estoy mirando cara a cara

(se acerca)

y puedo con sus ojos que vigilan
el sitio donde guardo este secreto
Que por nada del mundo contaría.
¡Soy valiente, Pedrosa, soy valiente!

PEDROSA

Está muy bien.

Pausa.

PEDROSA

Ya sabe, con mi firma
puedo borrar la lumbre de sus ojos.
con una pluma y un poco de tinta
puedo hacerla dormir un largo sueño.

MARIANA

(elevada)
¡Ojalá fuese pronto por mi dicha!

PEDROSA

(frío)
Esta tarde vendrán.

MARIANA

(aterrada y dándose cuenta)
¿Cómo?

PEDROSA

Esta tarde;
Ya se ha ordenado que entres en capilla.

MARIANA

(exaltada y protestando fieramente de su muerte)
¡No puede ser! ¡Cobardes! ¡No todavía!
¿Y quién manda
dentro de España tales villanías?
¿Qué crimen cometí? ¿Por qué me matan?
¿Dónde está la razón de la Justicia?
En la bandera de la Libertad
bordé el amor más grande de mi vida.
¿Y he de permanecer aquí encerrada?
¡Quién tuviera unas alas cristalinas
para salir volando en busca tuya!

PEDROSA ha visto con satisfacción esta súbita desesperación de MARIANA y se dirige a ella. La luz empieza a tomar el tono del crepúsculo.

PEDROSA

(muy cerca de MARIANA)

Hable pronto, que el rey la indultaría.
Mariana, ¿quiénes son los conjurados?
Yo sé que usted de todos es amiga.
Cada segundo aumenta su peligro.
Antes que se haya disipado el día
ya vendrán por la calle a recogerla.
¿Quiénes son? Y sus nombres. ¡Vamos, pronto!
Que no se juega así con la Justicia,
y luego será tarde.

MARIANA

(fiera)

¡No hablaré!

PEDROSA

(fiero, cogiéndole las manos)

¿Quiénes son?

MARIANA

Ahora menos lo diría.

(con desprecio)

Suelta, Pedrosa; vete. ¡Madre Carmen!

PEDROSA

(terrible)

¡Quieres morir!

MARIANA

¡Madre Carmen!

PEDROSA

(furioso, saliendo)

¡Tú lo has querido!

Sale.

Escena II

MARIANA

(en el banco, con dramática y tierna entonación andaluza, a sí misma)

Recuerdo aquella copla que decía
cruzando los olivos de Granada:

“Ay, qué fragatita,
real corsaria! ¿Dónde está
tu valentía?
Que un velero bergantín
te ha puesto la puntería”.

(como soñando y nebulosamente)

Entre el mar y las estrellas
¡con qué gusto pasearía
apoyada sobre una larga baranda de brisa!

(con pasión y llena de angustia)

Pedro, coge tu caballo
o ven montado en el día.
¡Pero pronto! ¡Que ya vienen
para quitarme la vida!
Clava las duras espuelas.

(llorando)

“Ay, qué fragatita,
real corsaria! ¿Dónde está
tu valentía?
Que un famoso bergantín
te ha puesto la puntería”.

Oye un ruido. Se vuelve. No ve a nadie. Se levanta radiante.

MARIANA

¿Eres tú? ¿Has venido?

(emocionada)

¿Eres tú, Pedro? ¡Lo sabía!

Entra FERNANDO.

MARIANA

Fernando...

FERNANDO

Vengo con permiso del juez...

FERNANDO está pálido. MARIANA queda estupefacta.

MARIANA

(desesperada, como no queriéndolo creer)

¡No!

FERNANDO

(triste)

¡Mariana! ¿No quieres
que hable contigo? ¡Dime!

MARIANA

¡Pedro! ¿Dónde está Pedro?
¡Dejadlo entrar, por Dios!
¡Está abajo, en la puerta!
¡Tiene que estar! ¡Que suba!
Tú viniste con él,
¿verdad? Tú eres muy bueno.
Él vendrá muy cansado, pero entrará en seguida.

FERNANDO

Vengo solo, Mariana. ¿Qué sé yo de don Pedro?

MARIANA

¡Todos deben saber, pero ninguno sabe!
Entonces, ¿cuándo viene para salvar mi vida?
¿Cuándo viene a morir, si la muerte me acecha?
¿Vendrá? Dime, Fernando. ¡Aún es hora!

FERNANDO

(enérgico y desesperado, al ver la actitud de MARIANA)

Don Pedro
no vendrá, porque nunca te quiso, Marianita.
Ya está en Inglaterra, con otros liberales.
Te abandonaron todos tus antiguos amigos.
Solamente mi joven corazón te acompaña.
¡Mariana! ¡Aprende y mira cómo te estoy queriendo!

MARIANA

(exaltada)

¿Por qué me lo dijiste? Yo bien que lo sabía;
Pero nunca lo quise decir a mi esperanza.
Ahora ya no me importa. Mi esperanza lo ha oído
y se ha muerto mirando los ojos de mi Pedro.
Yo bordé la bandera por él. Yo he conspirado
para vivir y amar su pensamiento propio.
Más que a mis propios hijos y a mí misma le quise.
¿Amas la Libertad más que a tu Marianita?
¡Pues yo seré la misma Libertad que tú adoras!

FERNANDO

¡Sé que vas a morir! Dentro de poco
vendrán por ti, Marianita. ¡Sálvate y di los nombres!
¡Por tus hijos! ¡Por mí, que te ofrezco la vida!

MARIANA

¡No quiero que mis hijos me desprecien! ¡Mis hijos
tendrán un nombre claro como la luna llena!
¡Mis hijos llevarán resplandor en el rostro,
que no podrán borrar los años ni los aires!
Si delato, por todas las calles de Granada
este nombre sería pronunciado con miedo.

FERNANDO

(dramático y desesperado)

¡No puede ser! ¡No quiero que esto pase! ¡No quiero!
¡Tú tienes que vivir! ¡Mariana, por mi amor!

MARIANA

(loca y delirante, en un estado de pasión y angustia)

¿Y qué es amor, Fernando? ¡Yo no sé qué es amor!

FERNANDO

(cerca)

¡Pero nadie te quiso como yo, Marianita!

MARIANA

(reaccionando)

¡A ti debí quererte más que a nadie en el mundo

si el corazón no fuera nuestro gran enemigo!
Corazón, ¿por qué mandas en mí si yo no quiero?

FERNANDO

(se arrodilla y ella le coge la cabeza sobre el pecho)
¡Ay, te abandonan todos! ¡Habla, quiéreme y vive!

MARIANA

(retirándolo)

¡Ya estoy muerta, Fernando! Tus palabras me llegan
a través del gran río del mundo que abandono.
Ya soy como las estrella sobre el agua profunda,
última débil brisa que se pierde en los álamos.

FERNANDO

¡No sé qué hacer! ¡Qué angustia! ¡Ya vendrán a buscarme!
¡Quién pudiera morir para que tú vivieras!

MARIANA

¡Morir! ¡Qué largo sueño sin ensueños ni sombras!
Pedro, quiero morir por lo que tú no mueres,
por el puro ideal que iluminó tus ojos:
¡¡Libertad!! Porque nunca se apague el alta lumbre
me ofrezco entera. ¡¡Arriba, corazón!!
¡Pedro, mira tu amor a lo que me ha llevado!
Me querrás, muerta, tanto, que no podrás vivir.
Ya hora ya no te quiero porque soy una sombra.

Se oye un ruido. Viene alguien.

FERNANDO

¡Vienen a buscarme! ¡Mariana, sálvate!

MARIANA

¡Vete! ¿Quién eres tú?

FERNANDO

¡Mariana!

MARIANA

¡Ya no conozco a nadie!

FERNANDO

Mariana.

MARIANA

¡Voy a dormir tranquila!

FERNANDO

Mariana...

MARIANA

¡Vete!

Ya vienen a buscarme.

Como un grano de arena.

Se oye el coro de los rezos de las novicias. DOÑA ANGUSTIAS, digna y traspasada de pena, avanza, tomando del brazo a MARIANA. FERNANDO, abatido se retira silencioso. Toda la escena irá adquiriendo, hasta el final, una gran luz extrañísima de crepúsculo granadino. Luz rosa y verde entra por los arcos, y los cipreses se matizan exquisitamente, hasta parecer piedras preciosas. Del techo desciende una suave luz naranja, que se va intensificando hasta el final.

MARIANA

(se detiene)

¡Corazón, no me dejes! ¡Silencio! Con un ala,
¿dónde vas? Es preciso que tú también descanses.
Nos espera una larga locura de luceros
que hay detrás de la muerte. ¡Corazón, no desmayes!

ANGUSTIAS

¡Este mundo es cruel!

MARIANA

¡Qué lejano lo siento!

ANGUSTIAS

¡Hija!

MARIANA

No sufras madre mía.

ANGUSTIAS

(con terror)

Hay un coche en la puerta.

MARIANA

¡Dame, madre, dame ahora!
¡Dame un ramo de flores!
En mis última hora yo quiero engalanarme.
Quiero sentir la dura caricia de mi anillo
y prenderme en el pelo mi mantilla de encaje.
La gente ama la Libertad por encima de todo,
pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre,
que es la de todos, la de todas las criaturas.
¡No se podrá comprar el corazón de nadie!

(ANGUSTIAS le ayuda a ponerse la mantilla)

Ahora sé lo que dicen el ruiseñor y el árbol.
El hombre es un cautivo y no puede librarse.
¡Libertad de lo alto! Libertad verdadera,
enciende para mí tus estrellas distantes.

Un portón se abre. El ruido metálico hiela la sangre a todos.

MARIANA

(se vuelve)

Novicias, Madre Carmen,
¡Adiós! ¡Secad el llanto!
Contad mi triste historia a los niños que pasen.

ANGUSTIAS

Porque has amado mucho, Dios te abrirá su puerta.
¡Ay, triste Marianita! ¡Rosa de los rosales!

MARIANA

¡Yo soy la Libertad, porque el amor lo quiso!
¡Pedro! La Libertad, por la cual me dejaste.
¡Yo soy la Libertad, herida por los hombres!
¡Amor, amor, amor, y eternas soledades!

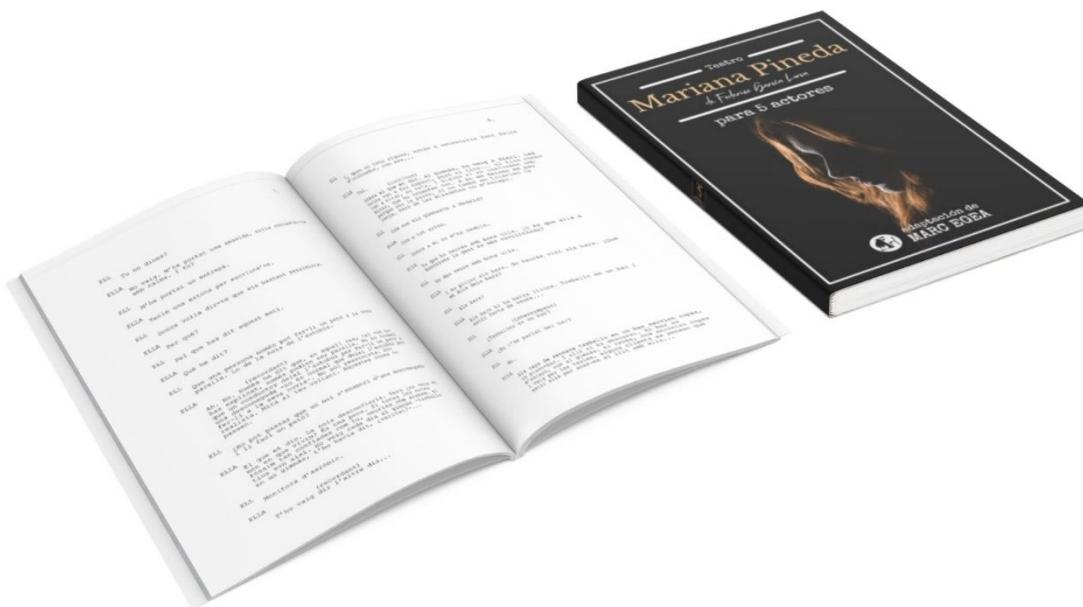
Un campaneo vivo y solemne invade la escena, y un coro de niños empieza, lejano, a cantar un romance. MARIANA se va, saliendo

lentamente apoyada en DOÑA ANGUSTIAS. Una luz maravillosa y delirante invade la escena. Al fondo, los niños cantan.

No cesa el campaneo.

Telón lento.

Si lo deseas, puedes adquirir el libreto de **Mariana Pineda (para 5 actores)** en **Amazon**, en formato ebook kindle y libro de tapa blanda.



¿Quieres montar esta obra de teatro?

MONTAJES PROFESIONALES

- *Montajes comerciales, con ánimo de lucro*

Los montajes profesionales están sujetos a la liquidación, en concepto de derechos de autor, del 10% de la taquilla.

Para llevar a cabo un montaje profesional de esta obra, es necesario tener el permiso. El permiso lo concede Marc Egea, directamente. Para obtenerlo, solicítalo, por favor, mediante el **formulario de contacto** de la página web.

Es necesario que expliques, brevemente, por favor: dónde se quiere representar la obra (territorio, país), por cuánto tiempo, qué tipo de montaje se quiere hacer, etc.

Recibirás respuesta valorando la propuesta y concretando los términos de la cesión del permiso. Gracias.

MONTAJES AMATEURS

- *Montajes realizados por compañías aficionadas, sin ánimo de lucro (incluidos los montajes efectuados dentro del ámbito académico)*

Para llevar a cabo un montaje amateur, no es necesario el permiso. Y es **gratis**.

Solamente se tiene que informar, por favor, mediante el **formulario de contacto**, de que se quiere representar la obra. Gracias.

www.autormarcegea.com